

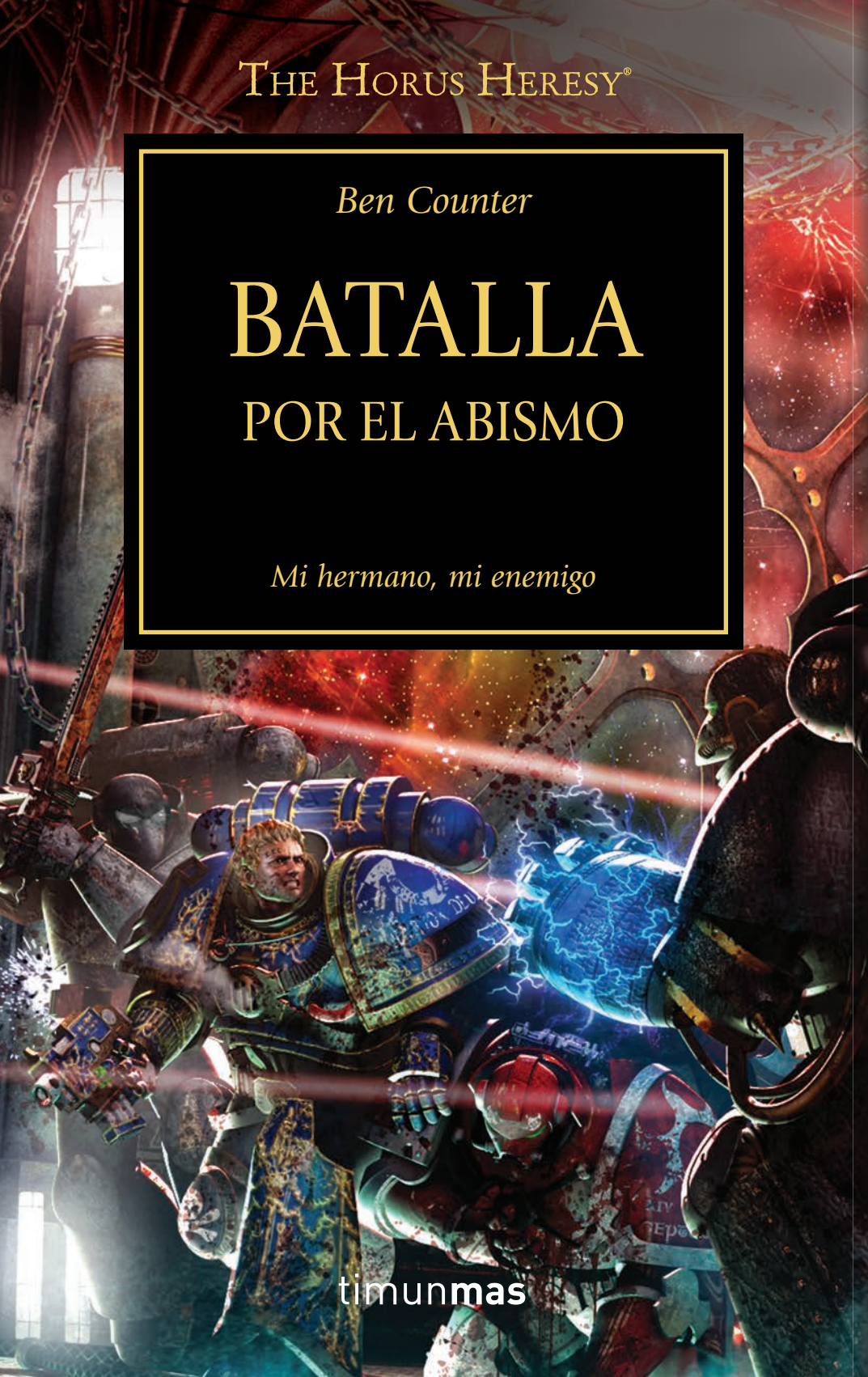
THE HORUS HERESY®

*Ben Counter*

# BATALLA POR EL ABISMO

*Mi hermano, mi enemigo*

timunmas



THE HORUS HERESY™

# BATALLA POR EL ABISMO

Ben Counter

timun**mas**

Título original: *Battle for the Abyss*  
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

*Battle for the Abyss, Batalla por el Abismo*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2008 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited 2008

© De la traducción Games Workshop Limited. 2009. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2009, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0316-9  
Preimpresión: gama, sl  
Depósito legal: B. 2.257-2016  
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## UNO

### Portadores de la Palabra Quitémonos las capas La muerte de Cruithne

El Mons Olympus ardía con fuerza, y lanzó un chorro de fuego hacia el cielo. Bajo el inmenso edificio de roca se extendía la principal metrópolis de Marte. Las factorías, las calles y los pasajes estaban abarrotados de acólitos vestidos con túnicas rojas a los que seguían obedientemente los servidores lobotomizados, los artefactos bípedos, los sirvientes y los skitariiii de andar imperioso. Los racimos de habitáculos rematados en cúpulas, las torres de refrigeración de aspecto sombrío y los templos forja monolíticos competían por el espacio disponible en mitad de la polvareda roja. Las chimeneas gigantescas, ennegrecidas por milenios de funcionamiento, vomitaban un humo espeso y acre al cielo ardiente.

Las enormes calderas de compresión lanzaban chorros de vapor por encima de la inmensa extensión industrial e igual que si fuera el aliento de los dioses; lo mismo que ocurría con los hornos de fundición arcanos excavados en el corazón del mundo. Se trataba de una conurbación tan inmensa, tan insondable, tan laberíntica, concentrada e intrincada como su atareada población.

Aquellas tareas innumerables e insignificantes tenían la misma importancia que un trozo de carbón en uno de los hornos de fundición situados en las forjas montañosas, tal era la empresa que se iba a llevar a cabo aquel día. Pocos conocían su importancia, y muchos menos fueron testigos de la partida de la lanzadera anónima que despegó de un cráter oculto en el Valles Marineris. La nave se adentró en la estratosfera después de dejar atrás nubes carmesíes de contaminación. Atravesó tormentas de polución de color púrpura y negro, y columnas de calor geotérmico que

abrían grandes huecos en la atmósfera para llegar a la helada mesosfera. La cubierta metálica de la nave se puso al rojo vivo a causa de la fricción. Los motores de plasma rugieron a medida que la empujaban hacia la termosfera, donde los rayos de sol convertían aquella zona en un infierno de calor perpetuo. Finalmente, dejó atrás la exosfera y el esfuerzo de los motores de la nave se vio reducido. Iba a ser un viaje sólo de ida. Las balizas de rastreo preestablecidas no tardaron en localizar su destino, que estaba mucho más allá del polvo rojizo del cielo marciano, muy lejos de ojos inquisitivos y preguntas incómodas. La nave se dirigía a Júpiter.

Thule llevaba seis milenios orbitando alrededor de los muelles de Júpiter. Se encontraba muy por encima de la superficie de su planeta anfitrión, ya que flotaba de forma segura entre las lunas de mayor tamaño de Júpiter: Calisto, Ganímedes, Europa e Io. Era un trozo de roca de aspecto feo, de forma irregular a causa de la gravedad.

Todo aquello tenía muy poca importancia para el Mechanicum. ¿Qué consideración merecía el aspecto estético en el corazón de la máquina? Precisión, exactitud, funcionalidad: eso era todo lo que importaba.

Aunque en un principio no iba a ser nada demasiado considerable, Thule se estaba convirtiendo en algo más que un simple trozo de roca desierta. La habían perforado con unas enormes máquinas taladradoras y la habían acribillado de pasadizos, túneles y estancias. Millones de operarios, máquinas y acólitos trabajaban con esfuerzo denodado en aquel laberinto subterráneo debido a la enormidad de la tarea que les habían encomendado realizar. Thule se había convertido en una gigantesca factoría de templos de forja y compresores, y una inmensa maquinaria gravitatoria constituía su núcleo palpitante. Aquella estructura se extendía desde la superficie mediante unos tentáculos metálicos rematados por unas cúpulas, que se apoyaban en ellos y que se mantenían aferradas como lapas a la roca gracias a unos neumáticos. Thule no era simplemente un asteroide de forma irregular. Era un astillero orbital de Júpiter. Y acababa de recibir invitados.

—Nos encontramos en el umbral de una nueva era. —La voz de Zadkiel resonaba a través del amplificador que llevaba incorporado en la gorguera de la armadura y llegaba con fuerza a todos los rincones de aquella estancia gigantesca.

A su espalda se extendía la estructura exoesquelética del astillero de Thule, que alzaba su mole de aspecto impresionante hacia el espacio frío

y vacío. Allí, en el interior de una de las cúpulas del asteroide, tanto él como los suyos se encontraban protegidos de las condiciones de la superficie del lugar. Los vientos solares azotaban la roca desnuda hasta dejarla completamente blanqueada, y la erosión inexorable creaba un miasma de nubes de polvo cargadas de nitrógeno.

—¡Se alza un amanecer rojo que ahogará a nuestros enemigos en su propia sangre! ¡Prestad atención al poder de la Palabra y sabed que ése es vuestro destino! —aulló Zadkiel mientras pronunciaba el sermón con gesto y ánimo fervorosos desde un púlpito de obsidiana. Los versículos que llevaba escritos sobre los rasgos patricios de su rostro y sobre el cráneo rapado añadían una gravedad innecesaria a la oratoria de Zadkiel. Sus ojos, grises y de mirada turbulenta, transmitían vehemencia y seguridad.

Zadkiel se agarraba con decisión a los bordes del atril con unos guanteletes de decoración barroca. Llevaba puesta una armadura de combate de ceramita roja abarrotada con elementos decorativos que todavía no presentaba señal alguna de haber participado en un combate. Mostraba numerosos cuernos de Colchis en honor al planeta natal del primarca y como símbolo de un legado distinguido, y esa armadura representaba la nueva era de la que Zadkiel hablaba.

La legión de los Portadores de la Palabra había tenido que ocultar su verdadera naturaleza desde hacía demasiado tiempo. Por fin había llegado el momento de dejar a un lado la fachada de obediencia y sumisión, las ataduras del compromiso y de la renuncia. Su servoarmadura nueva, recién salida de las forjas de Marte y con la superficie cubierta por las epístolas de Lorgar que habían grabado sobre ella, era una prueba de ese compromiso. Las armaduras de color gris granito habían sido destruidas en el corazón del Mons Olympus. Renacerían provistos del nuevo equipo, ejemplo de sabiduría.

Un inmenso océano de color carmesí se extendía delante de Zadkiel, que permanecía firme detrás del púlpito de piedra. Un millar de astartes seguían su sermón con atención absoluta, todo un capítulo dividido en diez compañías, cada una de cien guerreros, y con sus capitanes al frente. Todos escuchaban con fervor la Palabra.

Los legionarios mostraban un aspecto magnífico con sus servoarmaduras y con los bólters empuñados en posición de saludo, que aferraban con los guanteletes como si fuesen reliquias sagradas. La armadura de Zadkiel era idéntica a la de sus guerreros, aunque estaba cubierta de tiras de pergamino con plegarias, con los pellejos de escritura quemada con

las letanías de combate y con las páginas ensangrentadas arrancadas de los sermones de castigo que le habían fijado sobre la superficie. Cuando hablaba, lo hacía con la misma convicción fanática de la retórica que llevaba encima.

—Prestad atención al poder de la Palabra, y sabed que ése es vuestro destino.

La multitud allí reunida rugió aclamándolo, las voces convertidas en una sola.

—¡Tenemos nuestra lanza de la venganza. Clavémosla en el corazón de Guilliman y de su débil legión! —gritó Zadkiel, entusiasmado por sus propias proclamas vitriólicas—. Mucho tiempo hemos esperado el justo castigo. Mucho tiempos hemos pasado en la sombra.

Zadkiel dio un paso adelante y levantó una mano en dirección a la multitud. Su mirada, dura como el hierro, urgió a los guerreros a que mostraran mayor fervor todavía.

—Ha llegado el momento —continuó diciendo, al mismo tiempo que daba un puñetazo sobre el atril para recalcar la afirmación—. Nos quitaremos de encima todas las falsedades y las cadenas de nuestra obediencia fingida —dijo con un gruñido, como si esas palabras le dejaran un regusto amargo en la boca—. ¡Quitémonos las capas que nos ocultaban y mostremos nuestra verdadera gloria!

»Hermanos, somos los Portadores de la Palabra, los hijos de Lorgar. Que las apasionadas palabras de nuestros apóstoles sean cuchillas envenenadas para los corazones de los perros falderos del Falso Emperador. Sed testigos de nuestra ascensión a la gloria —concluyó, y se dio la vuelta hacia la gran arcada que se alzaba a su espalda.

Una nave gigantesca llenaba el espacio que se abría tras el polímero blindado de la cúpula. Estaba rodeada de máquinas y artefactos enormes cargados de artilugios. Daba la sensación de que aquel andamio, que servía de apoyo a las hordas de servidores y de visioingenieros, había sido construido a su alrededor. Los gruesos manojos de tubos reforzados aliviaban la presión neumática que suponía mantener elevada una nave de aquel tamaño inmenso.

Sobre el casco decorado de la nave se alzaban catedrales, y sus torres se erguían ansiosas hacia las estrellas como dedos retorcidos. Su blindaje era tan poderoso que sería capaz de resistir el ataque concentrado de una batería de defensas láser. De hecho, se había construido precisamente con esa idea.

La proa achatada y en forma de bala, y el modo en el que los costados

se abrían para abarcar la enorme zona central de la nave, indicaban una tremenda fuerza y precisión. Tres gigantescas cubiertas almenadas se extendían a partir de aquel punto, igual que las hojas afiladas de un tridente estigio. Las baterías láser dobles relucían en los costados con el brillo apagado propio del metal pulido. Una sola andanada de aquellas armas habría destrozado por completo el hangar de carga y a todos los que se encontraban allí. Las monturas de los cañones se encontraban colocadas en bloques angulares de metal repletos de portillas de observación que sugerían la multitud de cámaras que había en su interior. Las formas agresivas de las torretas defensivas situadas a lo largo de la zona dorsal y ventral y los huecos de los tubos lanzatorpedos manifestaban una vocación de violencia.

Las torres de antenas puntiagudas surgían de las numerosas cubiertas secundarias, y se alternaban con más baterías de cañones y tubos lanzatorpedos. La panza de la nave, todavía visible a través del costillar de su estructura, relucía como el aceite y estaba repleta de docenas de hangares para las escuadrillas de aeronaves de caza.

En la popa, los enormes revestimientos de los escapes de los cohetes de impulsión reflejaban el brillo apagado de los motores encendidos y preparados para desencadenar la energía suficiente para alejar de Thule a la nave de combate. Los tubos de salida, semejantes a hexágonos cromados, eran tan enormes y de aspecto tan impresionante que quedarse mirando sus núcleos apagados era ahogar todo sentido y razón en un abismo negro e insondable.

Por fin, las cubiertas de protección se apartaron de la proa y dejaron a la vista un enorme mascarón: la figura de un libro envuelto por llamas forjada en oro y plata. Las palabras de los escritos de Lorgar estaban grabadas en sus páginas con letras de varios metros de altura. Era la nave de mayor importancia y tamaño que jamás se hubiera construido, única en todos sus aspectos, y más poderosa de lo imaginable.

Tal era la impresión que causaba, semejante a la de una criatura nacida de las profundidades de un océano antiguo e infinito, que incluso Zadkiel se quedó callado.

—Nuestra lanza ya está preparada —declaró Zadkiel al cabo de unos momentos con voz cargada de emoción—. He aquí la *Abismo Furioso*.

Aquella nave, aquella poderosa nave, había sido construida especialmente para ellos, y allí, en los astilleros jupiterinos, el momento largamente esperado se había producido por fin. Iba a ser un golpe contra el Emperador, un golpe en nombre de Horus. Nadie conocería la existencia de la



nave hasta que fuera demasiado tarde. Se habían tomado todas las precauciones necesarias para que fuera así. El lanzamiento desde Thule, aquel lugar poco conocido y escasamente interesante, formaba parte del engaño, aunque tan sólo una parte.

Zadkiel dio media vuelta para encararse hacia sus guerreros.

—¡Empuñémosla! —los incitó con una pasión vociferante—. ¡Muerte al Falso Emperador!

—¡Muerte al Falso Emperador! —le replicaron los allí congregados con una violenta oleada de sonido.

—¡Horus triunfante!

La disciplina desapareció por completo. La multitud allí reunida comenzó a rugir y a aullar igual que si estuviera poseída, al mismo tiempo que se golpeaban las armaduras con los puños. Se oyeron gritos proclamando juramentos de odio y promesas de lealtad devota. El estruendo en el interior del edificio se elevó hasta convertirse en un clamor infernal.

Zadkiel cerró los ojos en mitad de aquel torbellino de devoción y disfrutó profundamente de aquel fanatismo. Cuando abrió los ojos, se volvió hacia la arcada y el panorama que ofrecía la *Abismo Furioso*. Sonrió con ferocidad al pensar en lo que representaba la nave, y se imaginó su impresionante potencial destructivo. No existía nada semejante en todo el Imperio, nada que rivalizase con su potencia de fuego ni que poseyera su resistencia. La habían creado con una misión muy clara, y necesitaría de toda esa fuerza y capacidad de resistencia para cumplir su objetivo: la aniquilación de una legión.

Otros contemplaban y escuchaban todo aquello desde los rincones más oscuros del enorme hangar de descarga, convertido en una catedral improvisada. Unos ojos sin emociones observaban el despliegue de guerreros desde las sombras. Eran el producto del ingenio del Emperador, incluso de su arrogancia, pero no sentían nada a pesar de todo.

—Es curioso, mi señor, que los astartes muestren una respuesta tan emocional a nuestra tarea.

—Son carne, magos Epsilon, y por tanto, se ven sujetos a preocupaciones sin importancia —le indicó Kelbor-Hal al acólito de espalda doblada que se encontraba inclinado a su lado.

El fabricante general había efectuado el largo viaje de Marte a Thule a bordo de su barcaza personal. Lo había hecho a propósito para dar credibilidad a su anuncio de que se disponía a efectuar una gira de revisión de los astilleros jupiterinos y de supervisión de la explotación de las mi-

nas atmosféricas de la superficie de Júpiter, además de inspeccionar las operaciones en Io y observar la producción de vehículos y blindados en las ciudades colmena de Europa. Todo aquello explicaba su presencia en Thule. Lo cierto era que el fabricante general quería estar presente en aquel momento histórico. No era el orgullo lo que lo impulsaba a hacerlo, ya que un sentimiento así estaba fuera de lugar en alguien como él, que estaba tan cerca de la comunión absoluta con el Ommissiah. Se trataba más de la obligación de señalar un acontecimiento semejante.

Para el fabricante general, los trabajos que debía realizar se parecían muchos los unos a los otros. Los requerimientos de la forma y la funcionalidad superaban la necesidad de ceremonia y pompa. Sin embargo, había acudido vestido con una túnica negra, un símbolo de su alianza con el señor de la guerra y de su entrega a su causa. ¿No lo había autorizado el adepto maestre Urtzi Malevolus a que forjara la armadura de Horus? ¿No había permitido también el uso de cantidades ingentes de material, de munición y de máquinas de guerra? Sí, había hecho todo aquello. Lo había hecho porque era algo que convenía a sus propósitos, algo con lo que se cumpliría un deseo implacable, o más bien una programación intrínseca a todos los sirvientes del gran dios-máquina: la de convertirse gradualmente en uno con su deidad mecánica. Horus había dado libertad absoluta a Marte para que prosiguiera con su búsqueda de la máquina divina, anulando así las prohibiciones impuestas por el Emperador. Para Kelbor-Hal, la cuestión de la fidelidad del Adeptus Mechanicum estaba regida por la lógica, y tan sólo había necesitado unos nanosegundos de computación.

—Él ve belleza donde nosotros vemos función y forma —continuó diciendo el fabricante general—. La fuerza, magos Epsolon, la fuerza forjada a través del fuego y del acero, es lo que hemos creado.

El mago Epsolon, vestido también con una túnica negra, asintió mostrándose de acuerdo y sintiéndose agradecido por la sabiduría que había compartido con él su señor.

—Son humanos, hasta cierto punto —le explicó el fabricante general— y nosotros estamos tan alejados de esa debilidad como los cogitadores que van a bordo de esa nave.

Kelbor-Hal era inusualmente alto, y se le veía el torso a través del borde irregular de sus ropajes. Allí dentro, los conductos rugosos y los servomotores semejantes a tentáculos reemplazaban a los órganos, las venas y los músculos. Kelbor-Hal ya era de todo menos humano. Ya no tenía rostro. Había preferido implantarse una máscara de acero frío a la que ha-

bía añadido un curioso conjunto de diodos semejantes a orbes verdosos que sustituían a los ojos. De la espalda le salían una serie de brazos y mecadendritos, desplegados como las patas de una araña, y que iban provistos de cuchillas, sierras y todo tipo de maquinaria arcana. Su voz carecía de toda emoción, ya que surgía sintetizada de un implante vocal que zumbaba con frialdad e indiferencia artificiales.

El cronómetro interno de los engramas de memoria de Kelbor-Hal le advirtió del poco tiempo que quedaba mientras contemplaba cómo la falange de astartes subía a bordo de la nave mediante unos tubos parecidos a cordones umbilicales que serpenteaban desde las rampas de acceso hasta la cúpula donde se encontraba. A la cabeza marchaba su pomposo líder, henchido de un orgullo flemático.

Los motores de la *Abismo Furioso* se activaron con un gruñido apagado y la enorme nave tiró hacia arriba de las agarraderas de apoyo. A aquello le siguió el zumbido bajo pero creciente de la energía procedente de los motores de plasma activados. Era un sonido que se captaba incluso a través de la cubierta de plástico de la cúpula. Puesto que la tripulación y los astartes ya se encontraban a bordo, la *Abismo Furioso* se preparaba para partir.

Del extremo de uno de los mecadendritos chasqueantes del fabricante general surgió una cápsula de datos, y éste la introdujo en una consola cilíndrica que emergió del suelo del hangar. Kelbor-Hal se conectó con el aparato y le suministró la secuencia de códigos necesarios para el despegue de la nave. Una serie de iconos aparecieron e iluminaron la superficie de la consola. El creciente zumbido de la energía resonó esta vez por toda la cámara de lanzamiento.

El jefe magos Lorvax Attemann, un miembro del grupo de acólitos y ayudantes que se habían reunido para presenciar el lanzamiento, recibió permiso para activar la primera secuencia de explosiones que liberarían la *Abismo Furioso* y procedió sin ceremonia alguna.

Una hilera de explosiones, semejante a una costura de llamaradas, sacudió un costado del muelle. Los apoyos, los ensamblajes de montaje y los entramados de andamios cayeron hacia la oscuridad, donde unos remolcadores magnéticos se encontraban esperando para retirar los restos. Del casco de la nave surgieron pantallas de protección de energía. Los últimos restos de combustible almacenados en las barcasas de repostaje estallaron formando unas bolas de fuego brillantes.

Los motores de plasma rugieron con fuerza y lanzaron una llamarada azul de fuego y calor sobre la superficie de Thule. Una nueva estrella em-

pezó a elevarse hacia el cielo oscuro, algo tan terrible y maravilloso que desafiaba toda descripción. Era un dios metálico tonante al que habían dado forma y que iluminaría la galaxia con el fuego de su cólera.

La *Abismo Furioso* se puso por fin en marcha. Kelbor-Hal se quedó contemplando cómo ascendía de forma majestuosa hacia el firmamento, y mientras estudiaba el potente retumbar de los motores, un diminuto vestigio de emoción apareció de repente en su interior. Fue algo efímero, apenas cuantificable. Accedió a los cogitadores internos, los conectó a sus engramas personales de memoria, y el fabricante general encontró su definición.

Era asombroso.

La nave transporte se mantuvo a la espera en lo más profundo de Thule, al punto adonde había llegado a través de una serie de túneles secretos y de cámaras apenas conocidas. Los servidores y los operarios no le prestaron atención mientras se acercaba, ya que las instrucciones con las que habían sido programados hicieron que se mantuvieran concentrados en sus tareas, por lo que la nave pasó cerca de ellos con lentitud, invisible, sin sufrir problema alguno. Una vez atravesó el laberinto de túneles, la nave esperó bastantes horas atracada en una pequeña antecámara que daba directamente al inmenso motor de gravedad situado en el núcleo del asteroide.

Una hora antes, la barcaza personal del fabricante general Kelbor-Hal había partido del lugar. El señor del Mechanicum había dejado que su subordinado, el magos Epsolon, organizara las tareas de limpieza posteriores al lanzamiento de la *Abismo Furioso*. Sería la última nave en abandonar Thule.

Unos protocolos de activación preprogramados se iniciaron en el momento previsto en el piloto servidor unido permanentemente a la nave. Una mezcla de compuestos químicos, que se habían mantenido en distintos lugares dentro de su cuerpo, acabó inyectada en un depósito interno. Una vez combinadas, las sustancias, inofensivas por separado, se convirtieron en una solución volátil capaz de crear una fuerza destructiva increíble. Un segundo después de que la combinación quedara completamente mezclada, una pequeña carga incendiaria hizo que estallara. La tormenta de fuego resultante despedazó por completo la nave y se propagó por su entorno. Las llamas en expansión inundaron los túneles y los conductos de acceso, donde incineraron a todos los operarios con los que se encontraron. Una vez alcanzó el motor de gravedad, las explosiones

que se produjeron a continuación iniciaron una reacción en cadena de proporciones cataclísmicas. El asteroide tardó pocos minutos en quedar transformado en una nube de fragmentos envueltos en llamas. No hubo tiempo de ponerse a salvo. No hubo supervivientes. Todos y cada uno de los adeptos, servidores y operarios acabaron convertidos en ceniza.

El campo de restos originado por aquella destrucción se extendería mucho, pero el asteroide estaba lo suficientemente lejos, situado en el punto más extremo de su órbita elíptica, como para que pudiera afectar la superficie de Júpiter. Además, tendría tan poca importancia que llevaría meses efectuar cualquier investigación y ratificar los resultados. Nadie sería capaz de descubrir lo que se había creado sobre la superficie del asteroide hasta que ya fuera muy, muy tarde.

Se perdió mucha tecnología con la destrucción de Thule. Se había pagado un precio muy elevado con tal de conseguir el secreto más absoluto y seguro. Al final, se había cumplido la voluntad del fabricante general, que quería el fin de Thule.